



SOSTENIBILIDAD

¡Es la hora de los museos!

Texto: Sara Manzanares Rubio

Ilustración: David Fernández Huerta

Fotografías: Eneko Muruzabal / Espiral Ondarea; Garden Museum; Karen Bean, Maribeth Brewer, Carter O'Brien y Emily Ward (The Field Museum); José Luis Bel (Museu Marítim de Barcelona).

Reconozcámoslo, si los museos sirvieran únicamente para guardar y exhibir objetos, hace tiempo que habríamos dejado de interesarnos por ellos. Los que los amamos y trabajamos en ellos creemos que hay algo más detrás, aun-

que muchas veces no seamos capaces de transmitir a los ciudadanos cuál es el verdadero rol de los museos en la sociedad y por qué tienen el potencial de convertirse en agentes significativos de cambio. Cuando menciono el te-

ma de la sostenibilidad en el ámbito museístico, expertos y no expertos coinciden en que, siendo un objetivo loable, no es, ni mucho menos, un punto prioritario de su agenda. Los no expertos porque, tradicionalmente, entienden que el museo está llamado a contarles otro relato. Los expertos porque –no sin cierto sentimiento de culpa– ven casi imposible plantear cualquier reto que exceda la mera supervivencia de la institución. Pensemos en el sentido primigenio del museo, la preservación de nuestro patrimonio para generaciones futuras, y tratemos de entenderlo sin tener en cuenta la protección de un patrimonio mucho más amplio, sin el cual la esencia de nuestro cometido no es más que una falacia. Los museos no pueden esperar: la sostenibilidad es una prioridad del siglo XXI.

Ahora bien, ¿cómo construir museos más responsables en términos sociales, económicos y medioambientales desde cero? ¿Cómo trazar nuevos objetivos a la medida de nuestra institución? En primer lugar, habría que dar un paso atrás y reflexionar: necesitamos integrar el concepto de sostenibilidad en cada una de nuestras acciones. Pensemos por qué.

¿Cuál es el compromiso del museo con la sostenibilidad?

El museo es, de entrada, un agente conflictivo en términos de huella ecológica: con un nivel de consumo increíblemente alto en relación a su tamaño, resultado tanto de su actividad pública, como de las exigencias de conservación de los bienes que custodia, su impacto medioambiental es irrevocable. Además, independientemente de su responsabilidad directa, y como parte de su función social, se debe a un compromiso con los ciudadanos: no sólo guarda objetos, es una plataforma de difusión de valores. Hay cierta presunción de neutralidad en torno a la figura del museo, percibido como un espacio que dota de relevancia a todo

lo que hace. Aprovechémoslo. Hagamos que la sostenibilidad en los museos demuestre la viabilidad de formas de habitar más responsables. Transformemos, por ejemplo, nuestras exposiciones.

Exposiciones más sostenibles

Las exposiciones temporales integran, en su carácter efímero, un potencial alarmante en lo referente a residuos mal gestionados y consumo ineficiente. Muchas veces actuamos por inercia y seguimos construyendo discursos con paneles de MDF -que incluyen componentes, como el formaldehído, altamente contaminantes-, viniles de PVC de difícil reciclaje, sistemas de un solo uso que emplean más material del que deberían y, por tanto, pesan más e implican un mayor consumo de combustibles fósiles para su transporte, etc. En definitiva, perpetuamos un modelo insostenible que, sin embargo, cuenta con alternativas. El cartón reciclado, por ejemplo, ofrece soluciones infinitas a la hora de trabajar con sistemas modulares, ligeros, resistentes y, por supuesto, reciclables. Una buena alternativa a los paneles de conglomerado son las láminas de cartón de nido de abeja u otros materiales específicos como el Re-board®, fabricado a partir de pasta de papel reciclado. Opciones como estas, combinadas con impresión de tintas vegetales de base acuosa y sistemas de ensamblaje libres de adhesivos, pueden ser un buen principio en el camino hacia exposiciones más sostenibles.

Cómo ser más sostenibles energéticamente

Siguiendo con el recorrido, y sin alejarnos de la sala de exposiciones, podemos repensar nuestro sistema de iluminación. Todos conocemos las ventajas de las lámparas LED,

libres de mercurio, capaces de ser entre tres y diez veces más eficientes que los sistemas tradicionales. Entre otras cosas, una lámpara LED no sólo puede durar hasta 50.000 horas, frente a las 3.000 de los fluorescentes ó las 1.000 de las bombillos incandescentes, sino que, al no basarse en la generación de calor, toda la energía que emplean se dirige a producir luz. Actualmente, muchos museos de todo el mundo se están sometiendo a auditorías para optimizar su consumo eléctrico y satisfacer sus objetivos de ahorro e impacto medioambiental. Si bien no todas las instituciones pueden invertir a corto plazo en energías renovables, son muchos los museos que están trabajando en la racionalización de su consumo energético a través de intervenciones a menor escala como la instalación de detectores fotoeléctricos o, siguiendo una línea de reflexión cada vez más generalizada, tratando de flexibilizar los rígidos parámetros de control ambiental de sus instalaciones. De hecho, son muchas las instituciones que cuestionan la viabilidad de custodiar un cada vez mayor número de objetos en sus almacenes, objetos que, quizás, nunca lleguen a ser expuestos. ¿Es coherente que invirtamos más energía en garantizar la conservación de un patrimonio oculto a los ciudadanos que en hacer circular dicho patrimonio para generar nuevos discursos? ¿Deberíamos utilizar este camino hacia la sostenibilidad para cuestionar de manera crítica las prioridades de nuestros museos?

Hacia un museo sin residuos

Si hemos dicho que los museos destacan por su alto consumo, no debemos olvidar los aspectos relacionados con el post-consumo, y es que la gestión de los residuos es uno de los grandes retos de nuestras instituciones. Todos conocemos la importancia de reducir y reutilizar, ahora pensemos qué podemos hacer para optimizar nuestro enfoque del reciclaje. El *Garden Museum* de Londres, el primero que cuenta con un programa de prácticas remuneradas

dedicado a formar especialistas en materia de sostenibilidad en el ámbito de los museos, ha desarrollado una labor exhaustiva a este respecto. Basándose en un objetivo de cero desechos al basurero, el equipo ha desarrollado un programa que incluye no sólo reciclaje y compostaje, sino también la derivación de todos los residuos no reciclables a una planta que genera electricidad a partir de basura.



Jade-Lauren Cawthray compostando en el Garden Museum (Londres, Reino Unido).

Predicar con el ejemplo

En cuanto a la divulgación de contenidos relacionados con la sostenibilidad, no hay que olvidar los proyectos de larga duración que puedan ayudarnos a educar fidelizando a nuestros visitantes. The *Field Museum*, el museo de Historia Natural de Chicago, con su Green Team –un equipo de voluntarios formado por personal del museo que trabaja por la sostenibilidad de la institución–, dedica parte de su esfuerzo a la promoción de los huertos urbanos, sirviéndose de su proyecto de huerto comunitario: The *Edible Treasures Garden*. Un huerto educativo no sólo posee inmensas posibilidades en términos de divulgación de valores sostenibles, sino que, además, su carácter procesual es capaz de captar el interés de los visitantes a largo plazo.

La comunidad en el museo

Un museo sostenible es aquél que se preocupa por las personas, no por los objetos. Está claro que nuestros objetos son importantes pero, ¿qué es el patrimonio sino una forma de hablar y reflexionar sobre nosotros mismos? Conscientes de su papel privilegiado como facilitadores de programas de integración y empoderamiento, muchas instituciones están priorizando los programas sociales dentro de su misión. Un buen ejemplo de ello es el *Proyecto Norai*, desarrollado por el *Museu Marítim* de Barcelona junto con la cooperativa Norai - Raval SCCL. El proyecto, vinculado al restaurante del museo e íntimamente relacionado con una nueva línea de investigación dedicada a la recuperación del patrimonio gastronómico marino, apuesta por la formación e integración laboral de personas en riesgo de exclusión social del en-



The Edible Treasures Garden, el huerto comunitario de The Field Museum (Chicago, Estados Unidos).

torno cercano –que supone un 50% del equipo del restaurante–, mientras defiende un consumo local y responsable a través de su oferta culinaria. Esta iniciativa nos sirve para recordar un aspecto importante a tener en cuenta: la oferta de servicios, sea o no gestionada directamente por la

institución, es un área del museo especialmente abierta a los ciudadanos y, como tal, puede ser una plataforma perfecta para transmitir nuestros valores. Introducir productos ecológicos y de comercio justo, promocionar la artesanía local, promover el respeto a la diversidad y favorecer el

consumo responsable también son formas de contribuir al desarrollo de nuestras comunidades. Espacios como la tienda, la cafetería o el vestíbulo del museo están más desprovistos de solemnidad y, por tanto, son más susceptibles

de apelar a la experiencia cotidiana de los visitantes. Proponernos que asumamos estos valores y los sigamos poniendo en práctica al salir de nuestra institución es, quizás, el más emocionante de los retos.



Equipo del restaurante Norai del Museu Marítim de Barcelona (España).

La sostenibilidad no puede esperar

Hay mucho que hacer para llevar el museo más allá del museo. Optar por la sostenibilidad significa apostar por las inquietudes de los ciudadanos y las necesidades del entorno; no tiene por qué ser más caro o más difícil, pero implica un replanteamiento de las prioridades de nuestra institución. ¿Queremos limitarnos a un legado capaz de abarcar con las paredes de nuestros museos? ¿O creemos que los museos tienen el poder de participar en un proceso que cambiará el mundo? La respuesta está en nuestras manos. ■

MUSEO, GO GREEN!

museos + sostenibilidad + creative thinking



Sara Manzanares Rubio. sara@museogogreen.com

Museo, Go Green! es un proyecto sobre museos, sostenibilidad y estrategias creativas. museogogreen.com/